LAS DOS PRIMERAS CARTAS DE REYES A HENRÍQUEZ UREÑA

Chapala, 15 de septiembre de 1907

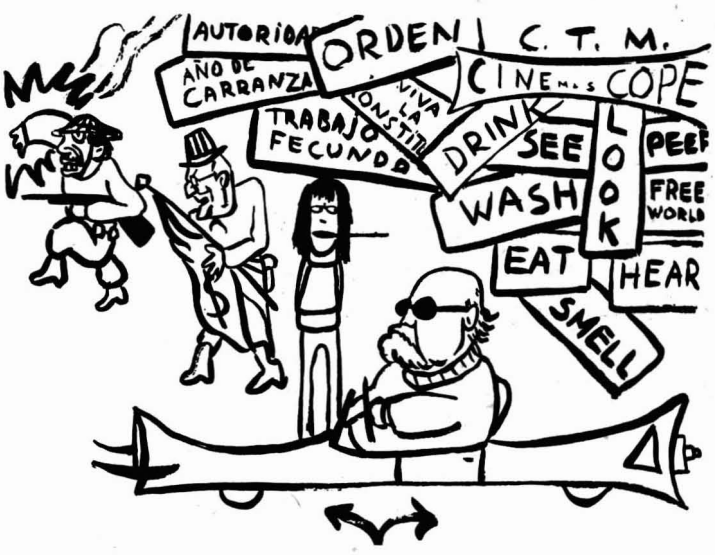
Querido Pedro:

Llegué ayer a Ocotlán y como nuestro tren traía un retraso de una hora, no pudimos alcanzar el vapor. De casualidad había para hoy un viaje *extra*. Pasamos el día como pudimos, pasamos la noche en desvencijado camastro y esta mañana logramos que el capitán del vapor nos trajera escondidos en el departamento del timonel, para que no advirtieran nuestra presencia las personas que arreglaron la travesía. Llegamos a Chapala a las 2 p.m. Tomamos posesión de la casa del primo Navarro. ¡Qué casa Pedro de mi vida! Desde que abrimos la puerta nos hallamos con telarañas, las había arriba y abajo, a derecha e izquierda, unas deshiladas y flojas, otras como que parecían de lana. Cada puerta tenía un cortinaje y a la mejor los cuartos quedaban divididos en dos por un tabique sobre el que paseaban, ora subiendo, ora bajando, ora echando a correr lateralmente, las señoras arañas, dueñas absolutas de este pequeño mundo. Había aquí tema para más de un poeta. Por mi parte, yo, como no soy poeta, me sentí muy disgustado considerando la nochecita que se me esperaba. Para colmo de desgracias nos hallamos dos nidos de avispa. Todo el día lo hemos pasado en afirmar nuestro poder de animales superiores combatiendo "los bajos estímulos de la irracionalidad" en avispas, arañas, zancudos, alacranes, elefantes, hipopótamos y demás insectos propios de tierra caliente. Al atardecer finalizamos la enojosa tarea y fuimos a dar un paseo —bien merecido lo teníamos— hasta la punta del muelle. Estaba anocheciendo, el viento húmedo que jugaba con mi hermosísimo penacho rubio, me hizo olvidar la Entomología. Con agua a ambos lados y al frente y con montañas por todas partes, me complacía en ver como se acercaban las nubes negras. Relampagueaba todo el horizonte y el agua, con rítmico golpe, empezó a brincar en los bordes del muelle y a salpicarme los pies. Como había nublado no pude apreciar esa orgía de colores y de luz característica de estos atardeceres. (Acaba de caérseme la chingada vela, que no merece otro calificativo, y me hizo pegar un brinco que no sé cómo no tumbé la casa. Las manchas del papel atestiguan la verdad del hecho). Poco a poco los niños y las mujeres fueron llegando a llenar en el lago sus cántaros de barro y yo, sin *pose de erudito*, me acordé de aquel pasaje en que Werther ayuda a una campesina a cargar su cántaro rústico. Ha empezado a llover. Los mosquitos zumban en redor de mis orejotas y me pican que es una bendición. Tengo ya dos o tres ronchas en los brazos que son otros tantos volcanes. ¡Hasta las piernas me han picado! y vaya que tengo calzones y pantalones. No había yo de ser tan deshonesto, no había yo de escribirte estando en cueros.

¿Cómo pasaré la noche? Imagínate a un desdichado ser, como yo, en una cueva milenaria como la que habito, confiado a sus propias fuerzas y aguardando, que de un momento a otro aparezca, surgido de cualquier castillo abandonado desde ha tantos siglos (creo que a mediados del año pasado). Como supondrás aún no veo tu cuaderno, sólo he tenido tiempo de leer 3 o 4 capítulos de (*palabra ilegible en el manuscrito*.)

Cumple con darme las sorpresas prometidas, contéstame al "Hotel Arzapalo", Chapala Jal. y espera cartas mías.

Alfonso



Chapala, Jal., 19 de septiembre 1907

Querido Pedro:

De por no dejar te escribo. Tal vez salga yo mañana junto con mi carta.

Leo que cuando me enviaste la tuya aún no recibías una hoja que te escribí la misma noche del día en que llegué a Chapala. Tu carta, por dos sorpresas que me quita (dos falsas sorpresas puesto que yo ya las esperaba) me da una grandísima y *verdadera sorpresa*; un soneto tuyo, ¿y así dices, majadero, que no le has hallado al soneto y que no te agrada el soneto, y que el soneto por aquí y que el soneto por allá? ¡Malagradecido! Quien tales sonetos escribe debe amar religiosamente al soneto. Ya te imaginarás el gusto que me diste con tu poesía. Mil gracias. Tu dirás que no te dé las gracias, pero valga que aquí son muy sinceras y se me han venido solas a la punta de la pluma.

¡Ya ví, ya ví los crepúsculos de Chapala! ¡Asombro, no sabía yo que existieran tales bellezas, no sabía yo que ojos humanos pudieran contemplarlas! Fiel a mi paganismo me hallo del todo sobresaltado al igual de aquellos inocentes helenos que temían encontrarse con los dioses del campo por miedo a que se les acabara la vida. Pienso que quien tales cosas mira atrae la muerte sobre sí.

Perdona que me haya puesto cursi. Adelante. Lo que cuentas de Acevedo lo retrata. Le agradezco de veras que me haya echado de menos y me alegro que se haya resuelto al fin a huir de México los dos días fatales.

En estos momentos Luis está silenciosamente arreglando su equipaje, por donde infiero que ya es cosa resuelta que salgamos mañana. De manera que puedes contar con mi visita para el sábado en la tarde. No te ofrezco comer contigo, porque de seguro que me harían sentimiento en casa, siendo ese día el primero, a contar de mi regreso que debo estar en esa ciudad a medio día. Para que nos podamos encontrar ponme una postal diciéndome hora y sitio, en cuanto recibas mi carta; dirígemela a la 7a. de las Flores no. 8 y cuenta con que te voy a despertar el domingo en caso de que no salga bien la combinación.

Ya me sé de memoria el soneto de D'Annunzio. Del señor Prudhomme pienso ocuparme hasta México. Ya leí tu cuaderno. Hablaremos.

¿Qué se me espera? ¿Qué fallo malauguras? ¿Cuál será tu sentencia? ¿Cuál tu consejo?

Creeme que estoy ansioso de leer esa crítica. Y también darte un abrazo.

Alfonso